

**BUSCANDO UN PUNTO DE QUIEBRE:
UNA REFLEXIÓN PARA EL CAMBIO**



Enrique Castillo



**Konrad
Adenauer
Stiftung**



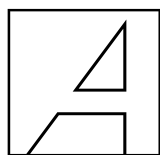
I P E S M

**INSTITUTO
PERUANO DE
ECONOMIA
SOCIAL DE
MERCADO**

**BUSCANDO UN PUNTO DE QUIEBRE:
UNA REFLEXIÓN PARA EL CAMBIO**

**BUSCANDO UN PUNTO DE QUIEBRE:
UNA REFLEXIÓN PARA EL CAMBIO**

Enrique Castillo



**Konrad
Adenauer
Stiftung**



I P E S M

**INSTITUTO
PERUANO DE
ECONOMIA
SOCIAL DE
MERCADO**

Buscando un punto de quiebre: una reflexión para el cambio

© Enrique Castillo

© Instituto Peruano de Economía Social de Mercado – IPESM

Calle Santa Luisa N° 155 oficina 701, Lima 27 – Perú

Telf. +511 221-6819

Correo electrónico: administracion@ipesm.com

Web: www.ipesm.com.pe

© Fundación Konrad Adenauer – KAS

Av. Larco N° 109, piso 2, Lima 18 – Perú

Telf. +511 416-6100

Correo electrónico: kasperu@kas.de

Web: www.kas.de/peru/es

Coordinación editorial y diagramación:

Glenda Montejo Valle

Primera edición: junio de 2016

Fecha de impresión: julio de 2016

Tiraje: 250 ejemplares – Distribución gratuita

Impreso en Negociaciones Krismar S.R.L.

Jr. Cailloma N° 439 – 109 Lima

Derechos reservados. Se autoriza la reproducción total o parcial de este documento siempre y cuando se haga referencia a la fuente bibliográfica.

Índice

- 9** Introducción
- 11** Buscando un punto de quiebre: una reflexión para el cambio
Enrique Castillo
- 34** Sobre el autor

Introducción

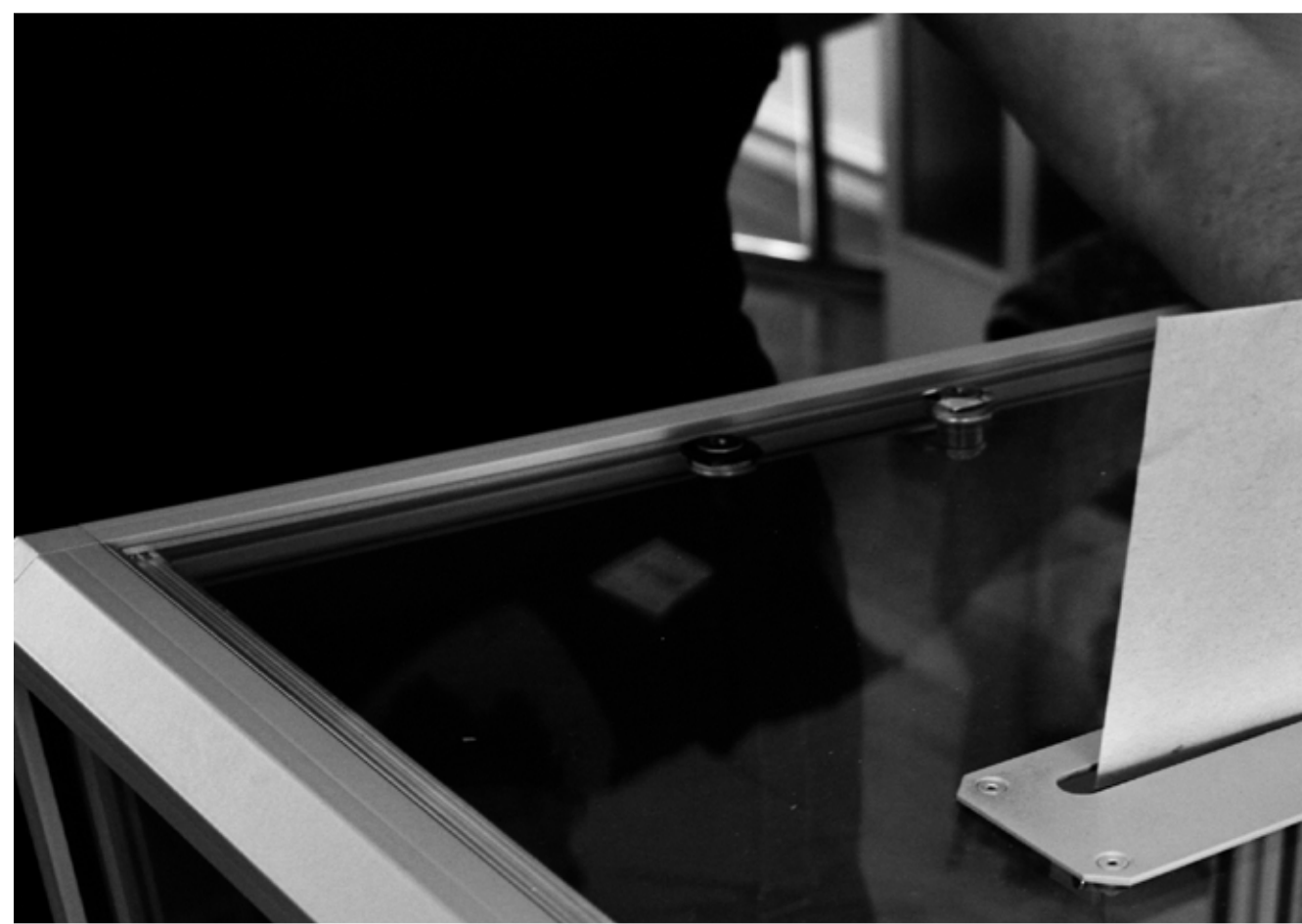
Culminados los comicios presidenciales, se hace necesaria una reflexión para analizar el matiz especial que ha adquirido el proceso electoral en los últimos años; no solo en el ámbito político, sino –en especial– en el ámbito ciudadano. Y es que son los votantes quienes, a través del sufragio, expresan también su sentir y sus expectativas.

El reconocido periodista nacional Enrique Castillo ha analizado con detenimiento los procesos electorales en el Perú, con un énfasis especial en la trayectoria del Partido Popular Cristiano (PPC) y la realidad que esta elección le deja a una agrupación política ad portas de cumplir cincuenta años de vida institucional. ¿Qué pasó con el PPC? ¿Cuál es el potencial del PPC? ¿Cuál es el perfil del PPC después de las elecciones? Estas y otras cuestiones se desarrollan desde un enfoque externo a lo largo del documento, con el objetivo de aportar al debate y al diálogo; permitiendo una reflexión acerca de lo acontecido y de lo percibido por la ciudadanía, en el marco del fenómeno político actual y con la finalidad de gestionar su intervención de manera positiva.

Las lecciones que este proceso electoral deja sobre la actuación de los partidos políticos tradicionales —así como las tareas pendientes para fortalecer el sistema democrático y el estado de derecho— forman parte de las preocupaciones y del quehacer del Instituto Peruano de Economía Social de Mercado, cuyo fin es contribuir al desarrollo nacional planteando soluciones para la consolidación de la institucionalidad y la democracia.

Este es un propósito compartido por la Fundación Konrad Adenauer, cuyo auspicio constante nos permite llevar a cabo actividades de investigación y capacitación que coadyuvan a nuestra labor de formular propuestas y aportes para el logro del bien común, dentro del marco de la economía social de mercado.

Eugenia Peña Olano
Directora Ejecutiva





**BUSCANDO UN PUNTO DE QUIEBRE:
UNA REFLEXIÓN PARA EL CAMBIO**

Los procesos electorales presidenciales en el Perú, luego de la recuperación de la democracia en 1978, han estado signados por la esperanza y el miedo.

En algunos de ellos la población votó para tratar de conseguir un cambio que le permitiera alcanzar un mejor nivel de vida, y para lograr una modificación sustancial de la situación política en la que imperaba —según el caso— el autoritarismo, el desgobierno, o la corrupción. La elección de Fernando Belaúnde en 1980 (contra la dictadura militar, por la recuperación de la democracia, y con la promesa del millón de empleos), de Alan García en 1985 (frente al fracaso de la política económica del belaundismo y los inicios del terrorismo), Alberto Fujimori en 1995 (por la consolidación de las reformas), y la de Alejandro Toledo en el 2001 (contra la dictadura y la corrupción del fujimontesinismo), respondieron a esas demandas.

En otros casos, el electorado se pronunció mayoritariamente —por lo contrario— para impedir que su situación supuestamente se deteriorara o empeorara y para evitar que una opción política o económica no deseada o temida asumiera el control del gobierno. Así sucedió con Alberto Fujimori en 1990 (contra la supuesta política neoliberal del FREDEMO); Alan García en el 2006 (contra el supuesto chavismo de Ollanta Humala); Ollanta Humala

en el 2011 (contra el fujimorismo); y ahora, finalmente— y luego de un intento por cambiar esta penosa la situación— Pedro Pablo Kuczynski en el 2016 (contra el supuesto regreso del fujimontesinismo y la denunciada posibilidad de convertirnos en un narcoestado).

Como se puede apreciar, durante los últimos tres procesos electorales —consecutivamente— la población se ha pronunciado mayoritariamente a favor de las opciones que se han dado en denominar “el mal menor”; llegándose a señalar, en dos de ellos, que se tenía que elegir “entre el cáncer y el sida”; y, en el tercero, que se votaba por una de las opciones “tapándose la nariz”. Esto nos demuestra que durante los últimos 15 años en el Perú —en lo que a la opción política ciudadana se refiere— el miedo —y no la esperanza— ha sido el factor determinante que ha inclinado la balanza —en los últimos días de cada proceso electoral— en la elección de un Presidente.

¿Qué es lo que genera una situación como esta?

El fracaso o las deficientes gestiones de las sucesivas administraciones gubernamentales; la frustración por las promesas incumplidas, y por la incapacidad del Estado de tener presencia en todo el país y de dar una rápida respuesta a las principales demandas de la población; el deficiente, inoportuno o mal uso de los recursos públicos a pesar de



De izq. a der.: Fernando Belaúnde (1980 - 1985), Alan García (1985 - 1990 y 2006 - 2011), Alberto Fujimori (1990 - 2000), Alejandro Toledo (2001 - 2006) y Ollanta Humala (2011 - 2016); presidentes electos en el Perú durante los últimos treinta y cinco años

su abundancia en algunos casos; los todavía deficientes servicios que presta el Estado (seguridad, educación, salud) a pesar de la mayor cantidad de recursos y de algunas notorias mejoras; la difundida y creciente corrupción en los diferentes niveles de gobierno y la impunidad que impera; y la incapacidad del Estado por erradicar o contener el avance de mafias de todo tipo, han provocado el creciente descrédito, la crisis de representación, y la falta de credibilidad de la clase política peruana, así como la frustración de los ciudadanos con relación a la opción elegida en cada proceso electoral.

En segundo lugar, el deterioro de la institucionalidad (en muchos casos promovida, provocada o aceptada por la misma clase política), el poco apego al cumplimiento de la ley (o la rebeldía a aceptar las consecuencias por el incumplimiento de esta, “gracias” a la impunidad vigente o a la corrupción en la administración de justicia), y la difundida y creciente informalidad (aceptada o ignorada

—pero muy pocas veces combatida, corregida o encausada— por las mismas autoridades locales, regionales o hasta nacionales) han provocado que gran parte de los ciudadanos peruanos vivan, trabajen y se desarrollen —o no— casi al margen —o a pesar— de la autoridad y de la ley.

En tercer lugar, la ausencia de organizaciones sólidas —especialmente de verdaderos y modernos partidos políticos— con propuestas estructuradas, serias, abiertas, modernas, confiables, adaptadas a la realidad y a la necesidad de los pobladores no ha permitido que los ciudadanos tengan un adecuado instrumento de esfuerzo colectivo y de intermediación entre ellos y el Estado, lo que ha provocado que sean los medios de comunicación, “la calle” o, ahora, las redes sociales, los escenarios de un debate que expresa más una corriente individualista y de permanente crítica, que una opción colectiva, ideológica o programáticamente estructurada, propositiva, adecuada a

los tiempos y a las tendencias, y con visión de futuro.

Y en cuarto lugar, durante los últimos quinquenios, los aspirantes presidenciales han sido casi los mismos protagonistas —con excepción de Mario Vargas Llosa y Javier Pérez de Cuéllar— de los cuestionados procesos políticos y judiciales (en el gobierno o fuera de este) de los últimos 20 años; sustentados o apoyados por los mismos partidos políticos —solos o en alianzas— que han gobernado, cogobernado o participado en el Ejecutivo o en el Legislativo en esos mismos 20 años de cuestionamientos, y que han enfrentado duras crisis internas y un marcado y permanente deterioro en la preferencia electoral.

En un escenario así, y a pesar de los momentos de crecimiento y bonanza económica que ha vivido el país, y de dinamización de los mercados económicos regionales y locales que han permitido mejores ingresos y oportunidades en diferentes niveles, es difícil lograr que la esperanza sea el principal elemento motivador al momento de la elección de autoridades políticas, sobre todo a nivel presidencial, parlamentario y regional.

En los últimos 20 años, la política y la economía han seguido rumbos distintos y hasta opuestos. La economía ha alcanzado niveles extraordinarios de crecimiento en algunos períodos y se ha mantenido en otros, las economías regionales

se han visto muy favorecidas y han manejado muchísimos más recursos, la inversión privada ha crecido y se ha diversificado, la dinamización de los mercados regionales ha permitido reducir la pobreza a tasas reconocidas; al margen —y a pesar— de la política, de la inestabilidad política de varios gobiernos —Fujimori II, Paniagua (es verdad que transitorio), Toledo u Ollanta Humala—, o de los sonados casos de violación de derechos humanos y corrupción, real o presunta (como en el caso de todo lo que hizo el fujimontesinismo, de lo encontrado en varios gobiernos regionales, y de casos como Petroaudios, Ecoteva, la agendas de Nadine Heredia, entre otros).

Mientras se habla del éxito del modelo económico, y muchas personas y profesionales capaces —así como un gran número de emprendedores— quieren trabajar denodadamente e iniciar aventuras empresariales; sobre la política se dice que es “sucía” y muy pocas personas de real valía quieren incorporarse a los partidos políticos, prefiriendo —si llegan a participar— el nivel de “invitados” o “independientes”.

Los partidos políticos “tradicionales” y los “nuevos” partidos

Esta crisis de la clase política se transformó en la crisis o la fragmentación constante de los partidos políticos llamados tradicionales (Apra, PPC, y varios de los partidos de izquierda),



Cédula de votación

y de otros no muy tradicionales pero que han sido gobierno, como Perú Posible o ahora el mismo Partido Nacionalista.

El caso de Acción Popular resulta particular pues, a pesar de que languidecía como estructura o como fuerza política influyente, mantuvo —gracias al recuerdo de Fernando Belaúnde y a la lampa como símbolo— una presencia en distritos y provincias del interior del país que le permitía ganar alcaldías en distintas regiones del Perú.

Ahora le ha permitido postular con candidato propio —nuevo o renovado, según sea la perspectiva— y sin alianzas en las elecciones presidenciales del 2016, obteniendo un interesante y expectante cuarto lugar, pudiendo, incluso, haber llegado a una mejor ubicación de no haber mediado algunas actitudes de su candidato, que fueron determinantes en su

alejamiento del sector popular, a muy pocos días de la primera vuelta electoral.

La caída de los otrora grandes partidos posibilitó la aparición o el fortalecimiento de movimientos políticos de todo tipo —locales, regionales, nacionales, o seudonacionales, incluidos los llamados “vientres de alquiler”— que se hicieron llamar “independientes” —para poner énfasis a una distancia abismal entre ellos y los partidos tradicionales, y que, sin la estructura organizativa ni el contenido ideológico de los partidos “históricos” —aunque sí con el mismo nivel de caudillaje y una buena dosis de pragmatismo, clientelismo, regionalismo o intención reivindicativa— fueron llenando los espacios que dejaban los “tradicionales”, ganando terreno de manera sostenida.

Fuerza Popular (FP), una sólida, disciplinada, y vertical estructura fu-

jimorista, sustentada en la imagen y las acciones del gobierno de Alberto Fujimori y Alianza Para el Progreso (APP), un partido que echó raíces en el norte del Perú con una oferta populista y clientelista, con un eje central anclado en una universidad particular en constante crecimiento; remplazaron en tamaño, influencia, y preferencias electorales a los que habían dominado el escenario político por décadas.

Las regiones y los llamados “bastiones” electorales cambiaron de “dueños”. FP y APP empezaron a ganar o a disputar los espacios que habían sido del PPC, del Apra, y sobre todo de la izquierda tradicional; lograron muy buenos resultados en las últimas elecciones regionales y municipales, y fueron los únicos partidos nacionales que lograron hacerse de gobiernos regionales, lo que confirmó sus buenas posibilidades para el 2016.

A ellos se sumaron una serie de movimientos regionales —en su mayoría jóvenes— que, en muchos casos, se crearon solo para hacer frente a la competencia electoral. En las elecciones regionales y municipales del 2014, estos movimientos ganaron mayoritariamente las presidencias regionales (Sentimiento Amazonense; Puro Ancash; Fuerza Campesina Regional; Arequipa, Tradición y Futuro; Renace Ayacucho; Movimiento de Afirmación Social; Chimpum Callao; Kausachun

Cusco; Ayllu; Movimiento Regional Integración Descentralista; Sostenible con su Gente; Concertación para el Desarrollo Regional de Lima; Movimiento de Integración Loreto; Democracia Directa; Kausachum; Unión Democrática del Norte; Proyecto de la Integración para la Cooperación; Movimiento Cívico Peruano; Reconstrucción con Obras más Obras para un Tumbes Bello; Cambio Ucayalino)

La misma situación se dio a nivel de las principales municipalidades provinciales. Cobra especial importancia esta situación porque son estos grupos regionales los que se convierten en interlocutores válidos o en “socios” de las candidaturas presidenciales nacionales para el 2016, a falta de estructura descentralizada propia o de aparatos movilizadores locales. Apoyo político y movilización a cambio de espacios en las candidaturas al Parlamento.

En realidad, los resultados de las elecciones regionales y municipales del 2014 confirmaron el duro momento de partidos como el Apra y el PPC —a pesar que este último logra varias alcaldías en Lima—, y mostraban la punta del iceberg de dos realidades que, por diferentes motivos, requerían de tratamientos y soluciones radicales, que no se dieron.

A pesar de un aceptable segundo gobierno y del buen momento de la economía que se vivió en el quinquenio de la segunda gestión apris-

ta, el Apra no ha podido superar algunos problemas como la división entre alanismo y aprismo que existe al interior del partido (y que se hizo evidente precisamente en la última gestión de gobierno); o la que enfrenta a las diferentes generaciones o sectores que hoy integran el partido; el antialanismo que existe fuera de la agrupación política y que hoy parece ser más fuerte que el antiaprismo mismo y las acusaciones sobre diversos hechos (Petroaudios, Narcoindultos, etc.) ocurridos durante el segundo gobierno y que han motivado rechazo de distintos sectores políticos, electorales y periodísticos.

A esto se suma el distanciamiento que el sector popular sintió de parte del aprismo entre el 2006 y el 2011, período durante el cual se vio al Ejecutivo más cerca del empresariado que de la población misma.

En el caso del PPC, la situación fue muy delicada. Referente político y técnico en las décadas de los 70, 80 y 90, se convirtió en un sólido partido, aunque con presencia electoral limitada. Carente de triunfos electorales importantes (nunca llegó a la Presidencia de la República y solo cogobernó con AP en 1980; solo llegó a la alcaldía de Lima en la década del 60 de la mano de su fundador Luis Bedoya Reyes y con Luis Castañeda de Solidaridad Nacional a través de una alianza frágil denominada Unidad Nacional en el 2002 y el 2006).

Como PPC sus representaciones parlamentarias han sido muy pequeñas y en alianzas, su máxima representación ha sido de 13 miembros, llegando solo a 5 en el 2011 y sin representación en este 2016. En cada proceso electoral ha ido perdiendo bastiones importantes, como Lima, que en el pasado significó su principal bolsón electoral.

Escenario de una lucha interna permanente entre los denominados “doctrinarios” (dirigidos por sus fundadores) y los “pragmáticos” (provenientes de las generaciones intermedias), o más recientemente entre los “reformistas” o los “institucionalistas”, ha visto partir a muchos de sus militantes y exdirigentes en diferentes etapas de su vida institucional, y ha hecho públicos —sobre todo en los últimos años— muchos de problemas y líos internos, a través de duras y muy agresivas disputas verbales entre sus máximos dirigentes o entre aspirantes a la dirección partidaria.

En ambos casos, se percibe que poco se ha avanzado en renovación partidaria —y no solo se habla de dirigencia o candidatos, que es muy importante—; en comunicación con el electorado a nivel de todos los niveles y los instrumentos; y, sobre todo, en alternativas o propuestas importantes y, sobre todo esperanzadoras, tanto para una campaña electoral —promesa, ilusión—, como para la gestión del gobierno.

La campaña electoral 2016

Quizás por todo lo anterior, una apreciable porción del electorado —empujada por una juventud cada vez más protagonista políticamente hablando— trató de convertir la campaña electoral presidencial del 2016, en un intento —casi desesperado— por marcar un punto de quiebre definitivo, dejando de lado a los “males menores” o lo “tradicional” —que en lo político ya significaba “lo malo”—, para buscar “un rostro nuevo”, “una ilusión”, una esperanza.

Algo de esto había aparecido en el 2011 con la arremetida de Pedro Pablo Kuczynski y la Alianza por el Gran Cambio, que no alcanzó para llegar a la segunda vuelta. PPK se convirtió, por su carácter y su condición de tecnócrata eficiente —que lo alejaba de los políticos tradicionales— en una novedad en el 2011, y en una

esperanza de cambio, basado precisamente en la modernidad, la tecnocracia, la tecnología, la gestión privada, el buen manejo de la economía, la globalización.

Esta fue una clarinada de alerta que los partidos tradicionales (Apra, PPC y la izquierda) no escucharon correctamente, como tampoco lo hicieron con el mensaje de “Honradez, Tecnología y Trabajo”, y su asociación con la modernidad, la inversión, y la actitud ganadora de los japoneses, de Alberto Fujimori en 1990, al margen del papel que en aquella oportunidad haya jugado el Apra.

Para el 2016, PPK creyó que no tenía necesidad de reinventarse y que bastaba con su oferta o la imagen proyectada en el 2011, por lo que a pesar de haber hecho campaña durante 5 años, y frente a la aparición



César Acuña, candidato presidencial de Alianza para el Progreso (2016)



Julio Guzmán, candidato presidencial de Todos por el Perú (2016)

de varios nuevos y jóvenes rostros, pasó de ser novedad a convertirse en el mal menor.

Este intento de renovación en el 2016 fue personificado en César Acuña primero, luego en Julio Guzmán, posteriormente en Alfredo Barnechea, y finalmente en Verónica Mendoza. Pero, curiosamente, este deseo ferviente de renovación fue boicoteado: a) por los mismos candidatos (Acuña, Barnechea y Mendoza), que con su complicado pasado, sus incomprensibles y demoledores desplantes, y su radicalismo, confabularon contra ellos mismos; y, b) por las poco afortunadas e inoportunas normas electorales aprobadas a última hora —cuando el proceso electoral ya había sido convocado— y a trompicones en el Congreso de la República; y c) por la posición débil, errática e imprevisible del Jurado Nacional de

Elecciones (JNE). Todo esto terminó por sacar de carrera a un inexperto y poco ordenado Julio Guzmán; y a un inoportunamente dadivoso César Acuña; y por alejar de los primeros lugares al candidato de Acción Popular y a la aspirante de Frente Amplio.

Tal fue la desesperación de una parte considerable del electorado por encontrar ese “rostro nuevo”, que —sin exigir programas ni planes, o incluso hasta currículum— ante la caída del primero de sus elegidos (Acuña), dirigía sus preferencias hacia el segundo (Guzmán), y ante la separación de este se acercaba al renovado Barnechea, y así sucesivamente (al final fue Verónica Mendoza), tratando de evitar, en todo momento, el dirigir sus expectativas a quienes representaban el pasado, lo tradicional, lo conocido o el mal menor.



Alfredo Barnechea, candidato presidencial de Acción Popular (2016)



Verónica Mendoza, candidata del Frente Amplio (2016)

Por ello, ni Alan García, Alejandro Toledo, Fernando Olivera, ni Antero Flores, lograron elevar su intención de voto durante toda la campaña por más esfuerzos que hicieron. Solo Pedro Pablo Kuczynski —y no por méritos propios o de su campaña electoral, sino por ser el último recurso— pudo convertirse en el mal menor y en el depositario de las adhesiones que dejaron en el camino Guzmán, Acuña, Barnechea y Mendoza.

La campaña electoral hacia la primera vuelta se convirtió entonces en la búsqueda constante de una alternativa distinta, sin un pasado cuestionado o cuestionable, con una imagen moderna o renovada, y con ideas frescas para resolver los problemas que los políticos tradicionales no habían podido solucionar en esos 20 años durante los que la economía creció y la política se deterioró: inseguridad, más crecimiento, mejores servicios, y más infraestructura. La población buscó una alternativa que con un lenguaje simple —quizás en 140 caracteres, como el signo de los tiempos— genere una esperanza y ofrezca un cambio.

Eso fue lo que no entendieron ni el Apra ni el PPC. En lugar de prepararse para ofrecer, cada uno, su mejor alternativa renovada, concentraron en una sola opción esos 20 años de política tradicional, de debates ideológicos, de largos discursos, de recuerdos del pasado, de disputas

intestinas, de frustración ciudadana, de esa percepción de que se puede hacer cualquier cosa o se puede pactar hasta con el enemigo con tal de alcanzar el poder.

En ese escenario, solo había cabida para dos opciones: a) el fujimorismo, de Fuerza Popular, que había trabajado ardua e incansablemente por todo el país para ofrecer el regreso del “mejor” fujimorismo (bajo el recuerdo de las obras realizadas durante el decenio fujimorista, y la imagen de Alberto Fujimori, con prescindencia del fujimontesinismo), y con un rostro que si bien no era nuevo, sí lucía renovado, juvenil y convocante; y b) la otra opción, cualquiera que ella sea, pero que debía ser nueva o renovada, alejada de los partidos tradicionales, a la que aspiraron, como ya se ha dicho, Acuña, Guzmán, Barnechea y Mendoza, pero que finalmente se la encontró, literalmente, Pedro Pablo Kuczynski, gracias al radicalismo que afloró en Verónica Mendoza, y que la llevó en la última semana a poner mucho énfasis en el cambio de Constitución, y en que ella no firmaría ninguna hoja de ruta para atenuar sus medidas económicas y sociales, lo que asustó a una buena parte del electorado, sobre todo al de la clase media limeña.

La primera vuelta terminó, entonces con la victoria de Keiko Fujimori, que obtiene una aplastante representación parlamentaria de 73 congresistas, y



Keiko Fujimori, candidata presidencial de Fuerza Popular (2011 y 2016)

el segundo cupo alcanzado por PPK, que apenas puede contar con 18 representantes en el Parlamento.

Una mención aparte merecen la situación final de Alianza Para el Progreso, que aún sin candidato presidencial, muestra el resultado de su trabajo proselitista, de sus alianzas regionales, de la elección de sus candidatos, y del poder económico que ostenta, así como su fortaleza como movimiento político con miras al 2021, alcanzando conformar una bancada de 9 parlamentarios (casi igual a la alcanzada conjuntamente por Acción Popular y la Alianza Popular —Apra/PPC—, cuyos candidatos presidenciales quedaron en cuarto y quinto lugar respectivamente) provenientes de Ancash, Cusco, La Libertad, Piura, San Martín y Lima. Y, por otra parte, la situación del PPC, que no alcanzó a colocar ningún representante en

el Parlamento, mostrando el fracaso de su campaña electoral (no logra ni siquiera una representación por Lima, una plaza que siempre había sido su bastión), y de su tesis de la alianza con el Apra.

La segunda vuelta

La segunda vuelta enfrentó, en realidad, a Keiko Fujimori contra PPK y contra todo un movimiento nacional antifujimorista autodenominado “NO A KEIKO”.

Keiko Fujimori decidió cambiar de estrategia con relación a la primera vuelta, y se volvió más confrontacional, agresiva, más cuestionadora de las propuestas de PPK, tratando de arrinconarlo para convertirlo en el “candidato de las grandes empresas”, “candidato de los ricos”, “candidato del gobierno”. Este giro le permite revertir los resultados de las primeras

encuestas que daban una cómoda ventaja a PPK, y llega a la última semana con una ventaja de 5 puntos porcentuales.

Keiko Fujimori buscó así —lo mismo que Alan García logró cuando sacó de carrera a Lourdes Flores, aunque al revés— polarizar la elección entre el candidato de los ricos y la candidata de los pobres, para tratar de capitalizar los votos de aquellos sectores de izquierda, progresistas e indecisos de los niveles socioeconómicos más numerosos, que siempre fueron más proclives a escuchar la propuesta de un candidato que se enfrentase al orden establecido y a las clases más poderosas.

PPK, en cambio, parece no reaccionar, se muestra displicente pierde la brújula de su campaña, no encuentra un norte, y empieza a generar la percepción de que ya no tiene fuerzas ni recursos electorales ni estratégicos para ganar la segunda vuelta.

Es en ese momento donde la participación del movimiento antifujimorista, que según las encuestas alcanza al 40 % de la población, redobla sus esfuerzos y obliga a PPK a asumir una postura antifujimorista dura, y a enfrentarse a Keiko Fujimori tratando de mostrarla como parte de una mafia del narcotráfico, de lavado de activos, y del montesinismo que se prepara para asaltar el Estado. A esta acción se suman muchas agrupaciones políticas, gremiales y ciudadanas.

La campaña anti Keiko —y no la campaña electoral de PPK— rinde sus frutos por dos claros errores del fujimorismo: la demora en reaccionar adecuadamente frente a las acusaciones contra su Secretario General, y la supuesta manipulación de un video que involucra al candidato a la vicepresidencia. Ambas cosas dan sustento al discurso de la posibilidad del establecimiento de un narcoestado y del retorno del montesinismo e inspiran miedo, lo que finalmente inclina a un porcentaje de los indecisos a votar por PPK y darle el triunfo.

Nuevamente el miedo, en este caso a la posibilidad de volver a las épocas más oscuras del fujimontesinismo, inclina la balanza hacia un candidato que no supo ni pudo, por sí solo y con su agrupación política, generar la esperanza o provocar una adhesión en positivo.

Todo lo sucedido en esta segunda vuelta —denuncias, acusaciones graves, insultos de muy grueso calibre— ha abierto un nuevo capítulo de odios, resentimientos y rencores que será muy difícil de superar en los próximos años.

Ha dividido al país en tres bloques que muy probablemente vivan enfrentados durante los próximos cinco años, y no solo por estos rencores o por las posiciones programáticas sobre políticas y medidas concretas, sino también por las expectativas que los resultados han generado en esos bloques con miras a las elecciones

regionales y municipales del 2018 y las presidenciales del 2021.

El nuevo escenario político

El fujimorismo se ha constituido en la primera fuerza política nacional con casi la mitad del electorado del país; la izquierda ha alcanzado el 20 % de las preferencias electorales; y los sectores antifujimoristas y antizquierdistas (PPK, APRA, PPC, APP, AP) representan juntos alrededor del 30 % del electorado. Todos, pero sobre todo los dos primeros, buscarán consolidar y potenciar sus posiciones para convertirse en una alternativa real para el 2021, y para ello necesitan asumir un liderazgo frente a su contrincante, pero también frente al

nuevo gobierno.

Con 73 parlamentarios, el fujimorismo tiene dos alternativas claras. Convertirse en socio del gobierno para que este haga las cosas bien, y así reivindicar luego ese éxito como suyo; o forzar o asumir una postura de oposición que entregue al gobierno a los brazos de sus oponentes (izquierda y grupos de centro) para buscar o permitir el fracaso del gobierno, tratando de convertirse en la fuerza salvadora para el 2021.

Ambas posibilidades resultan auspiciosas o riesgosas para las pretensiones del fujimorismo pensando en el futuro, por lo que, de manera egoísta, una tercera vía podría abrirse camino: hacer



Presidente electo Pedro Pablo Kuczynski (2016 - 2021)

su propio juego desde el Congreso, dando leyes con posturas populistas que pudieran ser aplaudidas por la población —que difícilmente podrían contar con la oposición de la izquierda—, y que pongan en jaque permanente al gobierno, y en una muy buena posición a los parlamentarios provincianos, y a Fuerza Popular con miras a las elecciones municipales y regionales del 2018. Algo como lo que los actuales parlamentarios vienen haciendo con el gobierno de Ollanta Humala, que no puede dar las leyes que quiere, ni puede oponerse a las leyes que da un Congreso que tiene los votos suficientes para insistir y arrinconar al Ejecutivo.

Adicionalmente, hacer responsables políticos a los ministros y censurarlos, sin tocar en lo posible al Primer Ministro o sin llegar a negarle la confianza a dos gabinetes consecutivos, podría generar la sensación de inestabilidad permanente y de incompetencia gubernamental, de la que podría sacar provecho el fujimorismo en las siguientes elecciones.

Sin embargo, el mayor reto que tendrá el fujimorismo será el mantener unida y sólida una bancada, cuyos 73 miembros serán tentados permanentemente para abandonar a su grupo y sumarse a las filas del oficialismo o para formar sus propios grupos con Presidencia de Comisión, y voz y voto.

La izquierda, léase el Frente Amplio, en cambio, sí necesita agudizar las contradicciones con el gobierno, para

demostrar el fracaso del modelo económico y la necesidad de un cambio estructural.

Elevar las tasas de crecimiento, reducir la pobreza, invertir en infraestructura, potenciar los programas sociales, generar más empleo o promover con éxito la inversión pública y privada, y la difusión de alternativas muy ejecutivas de inversión como las asociaciones público-privadas y las obras por impuestos, renovarían la fe y la preferencia por el modelo económico actual, y mejorarían las posibilidades de las alternativas electorales de derecha o de centro. El éxito del gobierno reduciría enormemente la posibilidad de la izquierda (cualquiera que sea su membrete) de siquiera tentar llegar a la segunda vuelta en el 2021.

En el caso de los grupos políticos con representación parlamentaria más reducida, seguramente acompañarán al gobierno durante los primeros años, y tratarán de mantenerse como fieles de la balanza en los casos que se requiera de mayoría calificada para tratar de llegar a negociaciones que los beneficien directamente.

Por su parte, el gobierno tendrá también, aunque con 18 miembros, el reto de mantener unida, alineada y leal a su bancada, que está formada básicamente por individualidades que ya han mostrado ansias de poder, deseos de ocupar altos cargos, fisuras y enfrentamientos abiertos antes y durante la campaña electoral.



Luis Galarreta, congresista de la República (2006 - 2011, 2011 - 2016 y 2016 - 2021)

Lamentablemente, los antecedentes de PPK no lo muestran como un líder político capaz de mantener sólida una bancada parlamentaria o una agrupación política.

Deberá, además, tender puentes para tratar de lograr el apoyo para llevar adelante las reformas más importantes, las mismas que van a necesitar pasar por el Congreso. De la diligencia con la que se trabaje en este sentido, y de la habilidad para la conformación del nuevo y primer gabinete —será muy importante conformarlo con profesionales que sepan actuar como “bisagras” con todas las fuerzas políticas, y mantener a todos los miembros de su bancada como activos operadores en el Congreso—,

dependerá el futuro de la gestión del gobierno.

Una opción negada por PPK, pero planteada por sus allegados, es la de forzar un cierre constitucional del Congreso, para debilitar al fujimorismo o, finalmente y en el extremo, tratar de convocar a nuevas elecciones parlamentarias. Esta aparente solución puede ser riesgosa y peligrosa para PPK, porque puede deslegitimarlo, y puede terminar perdiendo igual las convocadas elecciones, con mucha mayor representación del fujimorismo y/o la izquierda.

Otro aspecto de vital importancia es la agenda que el gobierno plantee a las fuerzas políticas, en medio de la

elaboración y aprobación del nuevo Presupuesto General de la República.

Mención aparte merece el tema de la lucha contra la delincuencia y la violencia. Esta urgente tarea queda en manos exclusivas del Poder Ejecutivo desde el primer día, y se convertirá en uno de los retos más importantes, de cuyo éxito o fracaso dependerá gran parte del prestigio de la nueva administración.

Conspira contra toda esta tarea del nuevo gobierno —si hay demora en las conversaciones y en alcanzar el éxito— el hecho de que algunos meses después de instalado el nuevo gobierno, las principales fuerzas políticas empezarán a prepararse para las elecciones regionales y municipales del 2018, por lo que cada una de ellas deberá manejar su propio perfil, sobre todo a nivel regional, donde una nueva tendencia en las gobernaciones regionales podría poner en jaque al gobierno, sobre todo en las zonas relacionados a las actividades extractivas o a los grandes proyectos.

Regiones como Cajamarca, Arequipa, Puno, Cusco, Apurímac, Moquegua, que apoyaron la candidatura de PPK, podrían quedar en manos de gobernadores regionales del fujimorismo, la izquierda, y en algunos casos radicales, que podrían, en este nuevo escenario, convertirse en oposición clara y frontal al gobierno.

Fuerza Popular, Alianza Para el Progreso, Acción Popular y el Frente Amplio (si se mantiene unido), llegarán a las elecciones del 2018 con las mejores posibilidades en lo que a los partidos políticos nacionales se refiere, y deberán disputar o aliarse con los movimientos regionales y locales, si quieren potenciar sus posibilidades para el 2021. Peruanos Por el Cambio difícilmente podrá disputar con éxito esta elección, porque no cuenta con la estructura partidaria ni la capacidad de movilizar, evaluar, y lanzar candidaturas en todo el país y ser gobierno a la vez, por lo que deberá evaluar bien su participación. Además, la gestión gubernamental podría desgastarlos prematuramente, si la población no ve resultados en temas tan urgentes como la seguridad ciudadana o la reactivación de la economía. Mal haría el nuevo partido oficialista en hacer una lectura optimista del resultado electoral presidencial del 2016 con miras al del 2018. Su mayor caudal electoral (casi 30 %) ha sido prestado, y ya no lo va a acompañar en un futuro cercano, a no ser que tenga un sorprendente, relumbrante espectacular éxito en su gestión en los próximos doce meses.

Luego del fracaso de la alianza con el Apra, el PPC ha quedado en una situación bastante incómoda y debilitada. No se trata de una derrota más. Quizás ha sido la más dura de todas, por lo que puso en juego el Partido Popular Cristiano, en lo que

para muchos fue una alianza que no sumaba y que, por el contrario, restaba, por todo lo que llevaban a ese encuentro ambas organizaciones como activos y pasivos.

No se puede dejar de señalar que una gran cantidad de voces advirtieron sobre el futuro incierto —por decir lo menos— de Alianza Popular, señalando que la unión de dos partidos que todo el tiempo fueron contrincantes y hasta enemigos, iba a proyectar la percepción de que eran dos partidos que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de llegar al poder.

Asímismo, se señaló que se iba a percibir que, como buenos políticos

tradicionales, pasaban por alto todos los agravios, acusaciones y hasta denuncias que se habían hecho mutuamente; que el PPC se estaba prestando para limpiar la imagen del Apra, y concretamente de Alan García; y que el PPC iba a salir perjudicado porque muchos de sus militantes iban a preferir a PPK antes que a una alianza “contra natura”; o, que el PPC no ganaba nada aliándose con un partido que arrastraba diferentes denuncias como los “Petroaudios” o los “Narcoindultos”.

Y no se puede dejar de reconocer que todo esto terminó siendo cierto.

Los resultados de la elección muestran que el PPC fue el más perjudi-



Dra. Lourdes Flores Nano, candidata a la primera vicepresidencia por Alianza Popular (2016)

cado de todos los partidos que participaron en el proceso electoral, porque aun cuando tuvo candidato presidencial activo y pasó la valla electoral (distinto fue el caso Alianza para el Progreso o Democracia Directa), su voto preferencial no alcanzó —algo inédito en los procesos electorales peruanos de los últimos 20 años— ni para colocar un solo congresista en el Parlamento, y obtuvo la votación más baja de todos los procesos electorales en los que ha participado, como PPC o en alianza.

Adicionalmente, la percepción de haberse convertido en un partido perdedor se ha consolidado en el electorado peruano, aun cuando esto no sea tan cierto, como puede comprobarse, por ejemplo, en los resultados de las últimas elecciones municipales en Lima donde pudo ganar 7 alcaldías, dos de ellas en sectores populares y populosos, como Carabaylo y San Juan de Miraflores.

Ha sido, además, la primera vez en que dos partidos de la trayectoria del Apra y del PPC exponen a sus máximas figuras políticas (ambos presidentes de sus partidos; uno, dos veces Presidente Constitucional; y la dama, dos veces candidata presidencial y una vez a la alcaldía de Lima) a una competencia electoral en una misma plancha presidencial, obteniendo el peor de sus resultados.

Pero esto, en el caso del PPC, ha sido solo la punta del iceberg.

La situación actual del PPC es consecuencia de varios factores que resulta indispensable que se analicen con cuidado:

El Partido Popular Cristiano siempre fue percibido como un partido que representó a un grupo determinado (abogados, empresarios, tecnócratas) y que tuvo una fuerte influencia en Lima, y en algunos otros centros urbanos del país. Es recién en el 2001 con Lourdes Flores —y por sus cualidades personales y políticas—, que el PPC se proyecta a nivel nacional, en la alianza denominada Unidad Nacional que obtiene el 24,3 % de la votación presidencial y parlamentaria. Este hecho se repetiría en el 2006, cuando nuevamente como Unidad Nacional, Lourdes Flores, como candidata a la presidencia, obtiene el 23,81 % del electorado. En el 2011, el PPC integra la Alianza por el Gran Cambio, pero el artífice de un 18,52 % de la votación fue PPK.

Si bien es cierto que las sucesivas alianzas proyectaron al PPC a nivel nacional, también es verdad que esas mismas alianzas —que a nivel presidencial fueron 4 de 4 procesos electorales— le han hecho perder identidad política al PPC, y no han permitido conformar, acrecentar y consolidar un bolsón electoral en las diferentes regiones del país. Es más, resulta muy difícil determinar cuánto de las votaciones alcanzadas le perteneció al PPC, a Lourdes Flores como candidata alternativa, o a los demás par-



Dr. Luis Bedoya Reyes, fundador del Partido Popular Cristiano

tidos y también protagonistas de las alianzas.

Los otros integrantes de las alianzas en las que ha participado el PPC a nivel presidencial o municipal (Alianza para el Progreso, Solidaridad Nacional, Peruanos por el Cambio), han tenido, por su cuenta, mejores resultados electorales y mejores posibilidades de crecimiento e influencia política a nivel municipal (en Lima, Trujillo, Chiclayo), regional (La Libertad, Lambayeque, por ejemplo), y ahora —con el triunfo de PPK— presidencial. Lo curioso es que ninguno de esos “socios” quiso seguir o reanudar la alianza con el Partido Popular Cristiano, por lo que el PPC no pudo compartir ninguno de esos triunfos. Y es más, el mismo PPK dijo públicamente que no le interesaba unirse o reunirse con partidos tradicionales como el PPC.

El PPC ha sido uno de los partidos grandes que más militantes y ex dirigentes ha perdido por disputas internas, diferencias de estrategia electoral, o ambición política personal. Muchos de ellos han alcanzado importantes cargos por elección popular en otras agrupaciones políticas.

Las disputas internas, hechas públicas por los mismos protagonistas le han hecho mucho daño al PPC, mostrándolo en los últimos años como un partido poco serio, marcado por divisiones internas profundas, e integrado por gente ambiciosa, que se disputa un partido cada vez más pequeño y con menos militantes y electores.

Los procesos de elecciones internas en el PPC durante los últimos años han sido ocasiones para el enfrentamiento público entre sectores o “bandos”, con altos niveles de agresividad y exposición ante los militantes en particular y la población en general.

Un sector importante de la población percibe al PPC como un partido con posturas y planteamientos confesionales, rígidos, extremadamente jurídicos, alejado de la realidad, poco moderno, elitista, tradicional, jerárquico y limeño.

Durante los últimos años, la cantidad de nombres de políticos solventes, con autoridad y prestigio que el PPC ofrece, se ha reducido notablemente, así como la lista de candidatos

que pueden ser congresistas, gobernadores regionales o alcaldes, o que pueden ser destacados voceros del partido. Lo mismo ocurre con técnicos o especialistas que puedan ser referentes sobre diferentes temas o sectores relacionados con el desarrollo del país.

Es verdad que esto también ha ocurrido a nivel de algunos otros partidos políticos, como Acción Popular —no en el caso del Apra que ha sido gobierno y ha podido reclutar a especialistas de distintos sectores— o Perú Posible, pero se hace más notorio en el PPC que durante toda una época se le consideró una cantera de los mejores técnicos.

El fujimorismo y Alianza para el Progreso, así como los partidos coyunturales o los movimientos regionales, se convierten en la competencia directa del PPC, a nivel de Lima y de provincias. Su imagen de partido tradicional de derecha, centralista y limeño se convierte en una fuerte desventaja frente a las otras agrupaciones, que manejan esquemas de movilización y acercamiento a la población mucho más directos, modernos, sofisticados, costosos, populistas o clientelistas.

¿Qué hacer en una situación como esta?

El PPC debería hacer un profundo análisis, serio y autocrítico, de su participación en la última campaña electoral, y compartirlo con todos sus

militantes y simpatizantes —muchos de los cuales parecen haber preferido apoyar otras opciones— que se sintieron decepcionados por las decisiones tomadas en este proceso electoral. Esto sería tomado como una muestra de humildad y de deseo de rectificación.

El PPC debería resolver definitivamente las disputas internas, depurar su organización, y elegir a las nuevas autoridades del partido, de manera tal que se eliminen las diferencias públicas, y se inicie un proceso de reconciliación interna que permita mostrar, al más breve plazo, a un PPC renovado, reestructurado, y reforzado. Esta solución debería pasar por promover una nueva dirección del partido, de consenso, unificadora, en la que no participen las partes en conflicto que desde hace varios años se vienen disputando los cargos directivos. Es obvio que varios de los actuales aspirantes a la dirección del PPC, y que han participado de las recientes peleas públicas, no han podido superar ni situaciones ni sentimientos negativos —que han traspasado la frontera de lo meramente institucional, y han llegado al ámbito personal— producto de todo lo vivido en los últimos procesos electorarios.

El PPC debe realizar estudios de opinión pública, cualitativo y cuantitativo, a nivel nacional, profesional y crudamente hechos, para determinar la real percepción que la opinión pública (a nivel nacional, por regiones, por

provincias y por distritos) tiene sobre el partido, sobre su labor, sobre sus dirigentes, sobre sus candidatos, y sobre sus acciones. La preparación, ejecución, desarrollo y análisis previo de estos estudios deben ser encargados de manera confidencial y reservada a gente profesional, especializada, competente y honesta, y ajena al partido, a fin de conocer una verdad cruda sin manipulación o manejos interesados.

El PPC debería iniciar un proceso de renovación de su identidad institucional, modernizando su identidad gráfica, adaptando su nomenclatura, renovando su simbología, reestructurando los instrumentos de comunicación con la población, buscando

una permanente presencia en los espacios de comunicación, debate, conversación e información.

El Partido Popular Cristiano debería renovar su nombre, los colores y el símbolo que lo caracteriza, así como otros símbolos y distintivos. Todo lo actual, no resulta inclusivo, abierto, moderno, ni representa una cercanía ni un compromiso (comunicacionalmente hablando) con el país.

El PPC debería revisar los contenidos de sus propuestas políticas, económicas, y sociales, a la luz de la realidad imperante y a los nuevos tiempos, y someterlas a discusiones con militantes, simpatizantes, y personas



Líderes del PPC reunidos con el presidente fundador Luis Bedoya Reyes



Dr. Raúl Castro, presidente del Partido Popular Cristiano

independientes, para revisarlas, enriquecerlas y fortalecerlas. No se trata de los tiempos del PPC, sino del PPC y los nuevos tiempos.

El PPC debería trabajar seriamente en un proceso de recomposición de su capacidad de elaboración y difusión de propuestas políticas y técnicas, para convertirse durante todos estos años que estará alejado del debate político en el Parlamento, en un referente en la formulación de las políticas de Estado, así como de las políticas y programas sectoriales y descentralizados.

El PPC debería revisar sus fuentes y adaptar los discursos que estas contienen, a fin de acercarse mejor a la población, y sobre todo a una juventud que ya no tiene como referente a las ideologías o las doctrinas. No se trata de erradicar estas últimas, ni de avergonzarse de ellas o esconderlas.

Se trata de hacer llegar las enseñanzas o planteamientos que estas contienen de una mejor manera en cuanto a la forma y al instrumento. Esto último implica también una revisión general y radical de los procesos de captación y formación de militantes o de colaboradores a nivel nacional.

El PPC debería trabajar decididamente y con mucha amplitud en el ámbito municipal y regional, convirtiéndose en una alternativa moderna para la gestión y la asesoría en esos niveles de gobierno. Asimismo, debe hacer un trabajo orientado a lograr la adhesión del sector juvenil y del sector emprendedor, con un sentido utilitario y productivo. Hasta el momento, la percepción general es que el PPC ha trabajado mucho los temas doctrinarios y programáticos, orientándose a los “grandes” temas, dejando de lado lo que realmente preocupa diariamente a la población.

El PPC, alejado ahora de las negociaciones políticas en el Congreso, debería asumir un papel fiscalizador y vigilante de la actividad de las diferentes bancadas parlamentarias, para alertar o informar a la opinión pública sobre el rumbo que va tomando el Congreso de la República en referencia a la solución de los principales problemas o expectativas de la población. La misma tarea debería asumirla a nivel de los gobiernos regionales.

El PPC debería enfrentar las elecciones regionales y locales del 2018 con sus propios candidatos, y con una nueva estrategia de acercamiento con la población, a fin de establecer una línea base en esta nueva etapa, que le permita saber realmente cuál es su capital electoral en cada jurisdicción, para, a partir de allí, elaborar los planes y estrategias que lo conduzcan a la elección del bicentenario en el 2021.

Sobre el autor

Luis Enrique Castillo Paredes es periodista y analista político. Columnista del diario Gestión desde el año 2000 y del diario Perú 21 desde el 2011; es conductor y entrevistador de los programas periodísticos *Agenda Política* y *La Hora N*, en Canal N.

Participa como analista político invitado en diversos programas periodísticos televisivos y radiales de Perú, Colombia y Chile.

Como analista político, elabora estudios cualitativos de percepción política en diferentes regiones del país; asimismo, participa de reuniones y eventos en los sectores empresarial, sociopolítico, académico y periodístico.

Ha colaborado con la Fundación Konrad Adenauer (KAS) en temas de comunicación política, gobernabilidad y democracia, a través de los diversos programas y proyectos que esta tiene en el Perú.

